

Domingo 1: Tres Cosas Necesarias para la Salvación

Pregunta y Respuesta 2

Lectura: Salmos 130 y 131

Salterios:

Primero: 163:1-3

Segundo: 366:1-3

Tercero: 362:1-2

Cuarto: 60:1,3

Último: 389:6

Querida congregación,

El Salmo 130 es uno de los así llamados “Salmos penitenciales”, en otras palabras, Salmos de arrepentimiento o de contrición. Estos siete Salmos —números 6, 32, 38, 51, 102, 130 y 143— son Salmos en los cuales se expresan arrepentimiento y contrición. En estos Salmos, el poeta puede, por la gracia del Señor, tomar un lugar muy humilde delante del Señor. Un claro ejemplo de esto es el Salmo 130 en que escuchamos una confesión que sale del corazón: *“Jah [o Jehová], si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?”* (Salmo 130:3). El poeta había recibido un conocimiento experiencial de su miseria. Sabía que no podía mantenerse en pie ante un Dios santo porque su justicia no era nada. Era un pecador perdido, digno de ser condenado. ¿Alguna vez ha visto usted esto respecto de sí mismo? ¿Es este también el clamor de su corazón? Entonces usted es como el publicano quien no se atrevía a alzar sus ojos, sino que se golpeaba el pecho clamando: *“Dios, sé propicio a mí, pecador”* (Lucas 18:13).

Pero el poeta del Salmo 130 recibió aún más instrucción. Una puerta se le abrió en el camino de la salvación. Por la fe, le fue dado ver algo de la misericordia de Dios. Le fue dado ver que la gracia libre se puede obtener por medio de Cristo. El Salvador fue revelado a su alma, de modo que pudo exclamar: *“Pero en ti hay perdón”*. Oh, ¡qué maravillosa revelación de la gracia y de las tiernas misericordias de Dios para esa persona! Como un pobre suplicante, recibió ojos no solo para mirar dentro de sí, sino también fuera de sí mismo al Dios que había abierto un camino de liberación en Su Hijo unigénito. *“Contigo hay perdón”*. Oh, ¡bendito es el pueblo que puede apropiarse de las palabras del Salmista y recibir una esperanza viva en el Señor!

¿Cuál fue el fruto de esta visión recibida por el Salmista? ¿Qué produjo en su vida esta revelación? Le fue dado esperar en el Señor como los vigilantes en los muros de Jerusalén. Lo que vio fuera de sí mismo aún no era de su propiedad. Así, él esperaba en el Señor para ser hecho partícipe de Cristo, para experimentar el perdón de sus pecados y para recibir la seguridad de su salvación. Ese era el primer fruto. El siguiente fruto era un temor filial del Señor. Lo podemos

leer en el versículo 4: *“Para que seas reverenciado”*. Una mirada espiritual de la misericordia de Dios en Cristo siempre engendrará una reverencia y temor filial como de un niño. En resumen, el Salmo 130 habla de miseria, liberación y gratitud.

Estos también son los tres puntos que encontramos en nuestro Catecismo de Heidelberg. ¿Conocemos estos tres puntos? Debemos conocerlos por experiencia, es decir, no solamente con un conocimiento de la cabeza, sino del corazón. Que el Señor nos enseñe esos tres asuntos que deseamos considerar en nuestro Catecismo de Heidelberg, Domingo 1, Pregunta 2.

Pregunta 2: ¿Cuántas cosas debes saber para que, gozando de esta consolación, puedas vivir y morir dichosamente?

Respuesta: Tres: La primera, cuán grandes son mis pecados y miserias. La segunda, de qué manera puedo ser librado de ellos. Y la tercera, la gratitud que debo a Dios por su redención.

Con la ayuda del Señor, deseamos reflexionar sobre:

Tres Cosas Necesarias para la Salvación

1. En su fundamento bíblico
2. En su contenido espiritual

Lo repito: Tres cosas necesarias para la salvación. En primer lugar, su fundamento bíblico, y en segundo lugar, su contenido espiritual.

Primer pensamiento. Su fundamento bíblico.

La anterior vez, querida congregación, consideramos el único consuelo en la vida y en la muerte para pobres y necesitados pecadores. Con cuerpo y alma, en el presente y por la eternidad, ellos pueden pertenecer a su fiel Salvador, quien pagó por sus pecados y los libró del poder del mal.

Ahora, el instructor continúa con una pregunta importante: “¿Cuántas cosas debes saber para que, gozando de esta consolación, puedas vivir y morir dichosamente?” La respuesta es clara: “Tres: La primera, cuán grandes son mis pecados y miserias. La segunda, de qué manera puedo ser librado de ellos. Y la tercera, la gratitud que debo a Dios por su redención.” Tres cosas son necesarias para la salvación. ¿Lo escuchan? Son solo tres cosas las que necesitamos. No son tantas. No son cien cosas, ni diez, ni aún cinco. Son solo tres cosas las que deben conocerse para la salvación. No necesitan ser teólogos para ser salvos. No necesitan ser un académico brillante para poder recibir ese consuelo. Aún el niño más pequeño puede aprender estas cosas por la gracia del Señor. Son solamente tres cosas.

Sin embargo, estas cosas deben conocerse *profundamente*. Deben ser enseñadas por el Espíritu Santo. La culpa, la gracia y la gratitud son solo tres asuntos, pero son asuntos extremadamente importantes. Son asuntos cardinales. Son asuntos del corazón. Todos sabemos cuán importante es el corazón para nuestro cuerpo. Podemos perder un brazo y seguir viviendo. Podemos sobrevivir sin una pierna; no será fácil, pero es posible. Sin embargo, no podemos vivir sin nuestro corazón. Si nuestro corazón deja de latir, moriremos. Necesitamos nuestro corazón. ¿Entienden de lo que hablo? Los asuntos aquí mencionados en el Domingo 1 son asuntos del corazón en el sentido espiritual. No son cosas triviales, sino vitales. Deben ser conocidas con un conocimiento experiencial, un conocimiento obrado por el Espíritu Santo, un conocimiento santificado a nuestros corazones.

¿Cuáles son, entonces, estos tres asuntos principales? El primero es la miseria, el segundo la liberación y el tercero la gratitud. “La primera, cuán grandes son mis pecados y miserias. La segunda, de qué manera puedo ser librado de ellos. Y la tercera, la gratitud que debo a Dios por su redención.” Esta respuesta, en algún sentido, es el resumen de todo el Catecismo. Nunca lo olviden. Debemos conocer estos asuntos para ser salvos y vivir y morir dichosamente con este consuelo.

Nuestro Catecismo nos dice esto en base a la Palabra de Dios. No solamente el Salmo 130 es un claro ejemplo de esto; podemos leer lo mismo en muchas otras partes de la Biblia. En el Salmo 50, por ejemplo, leemos: *“E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás”* (versículo 15). Otro ejemplo es la epístola de Pablo a los Romanos. En esa epístola, Pablo primeramente habla de la miseria del hombre. En los primeros tres capítulos, él retrata en los colores más oscuros posibles la condición pecaminosa del hombre caído: *“No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno”* (Romanos 3:11-12). No es sino hasta que el apóstol finalmente corta toda esperanza del lado del hombre, que comienza a exponer la gloriosa liberación que Dios ha provisto en Su amado Hijo, el Señor Jesucristo.

Ese es el segundo punto en la epístola de Pablo. El asunto de la liberación se abre al final del capítulo tres y continúa a lo largo de los capítulos cuatro y cinco: *“por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios; siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”* (Romanos 3:23-24). Es el mensaje de la gracia libre y soberana. En el capítulo 6, Pablo hace la aplicación: *“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? De ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”* (Romanos 6:1-2).

Entonces, viene al tercer punto: la vida de gratitud. Particularmente en el capítulo 12, comienza a enfatizar este punto cuando llama a sus lectores a la práctica de la piedad: *“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo,*

agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino sed transformados por la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:1-2). Así, toda la epístola a los Romanos es una impresionante exposición de los tres puntos de nuestro Catecismo. Estos tres puntos se resumen en Romanos 7, donde escuchamos al apóstol clamar: *“¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? Gracias doy a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor*” (Romanos 7:24-25). Por tanto, el Catecismo de Heidelberg sigue la línea de Romanos. ¿Perciben cómo nuestra confesión se basa sólidamente en la Palabra de Dios?

Fuera de la Biblia, estos tres puntos de miseria, liberación y gratitud se encuentran no solamente en el Catecismo de Heidelberg, sino también en las demás confesiones reformadas y en las varias liturgias que utilizamos en nuestros servicios de adoración.

Permítanme darles algunos ejemplos. Primero, en la Liturgia para la Administración de la Santa Cena del Señor. Escuchen los tres puntos mencionados en su llamado a la autoexaminación: “En primer lugar, considere cada uno de por sí sus pecados y el juicio que los tales acarrearán, a fin de que se aborrezca a sí mismo y se humille ante Dios.” Ese es el primer punto. “En segundo lugar, examine cada uno en su corazón si cree en la firme promesa de Dios.” Ese es el siguiente punto. “En tercer lugar, haga cada uno examen de conciencia para ver si está dispuesto, de ahora en adelante y con todo su ser, a vivir en verdadera gratitud hacia Dios, el Señor, y a andar en integridad delante de Él; y, asimismo, abandonando toda hipocresía, enemistad, odio y envidia, se cerciore de si tiene el sincero propósito de vivir en verdadero amor y armonía con su prójimo.” Así, la autoexaminación antes de la Cena del Señor se trata de los mismos tres puntos mencionados en nuestro Catecismo.

En segundo lugar, consideremos la Liturgia para la Administración del Santo Bautismo. ¿Cómo comienza esta liturgia? “Las partes principales de la doctrina del Santo Bautismo son las tres siguientes: Primero: que nosotros con nuestros hijos somos concebidos y nacidos en pecado, y por lo tanto somos hijos de desobediencia, de manera que no podemos entrar en el reino de Dios, a menos que nazcamos de nuevo.” Ese es el primer punto: la culpa. “Segundo: el santo bautismo testifica y sella en nosotros el lavamiento de nuestros pecados a través de Jesucristo.” Ese es el segundo punto: la gracia. “Tercero: considerando que en todos los pactos están involucradas dos partes, de igual manera, a través del bautismo, estamos advertidos y obligados por Dios a una nueva obediencia”. Ese es el tercer punto: la gratitud. Nuevamente encontramos aquí los mismos tres puntos.

Hay además lo que llamamos “La Consolación de los Enfermos.” Lo encontrarán al final de su Salterio.¹ Se presenta como una “instrucción en la fe y el camino de la salvación para preparar a

¹ Este texto aún no está traducido al español. Dado que forma parte del sermón original, el traductor ha decidido dejar este párrafo, y será responsabilidad del anciano decidir leerlo o no durante el culto.

los creyentes para morir con disposición”. Esta parte de nuestra tradición no es tan conocida; sin embargo, es muy instructiva. Dirige al lector en su enfermedad y en las horas de su muerte a la necesidad de conocer su miseria, la liberación en Cristo y la gratitud hacia Dios. Otra vez escuchamos esas tres partes casi como un refrán.

Sin embargo, la expresión más clara de esto se encuentra en el Catecismo de Heidelberg y, consecuentemente en el Compendio que se basa en él. Evidentemente, estas tres partes se volvieron en un tópico de muy alta estima en los días de la Reforma. Fueron estimados por nuestros antepasados, y deberían serlo por nosotros también. Debido a que esta instrucción se basa en las Escrituras, no deberíamos alterarla. Estas tres partes nos muestran el camino a la salvación plena y la gloria eterna. Nos enseñan cómo podemos recibir ese dulce consuelo mencionado en la Pregunta y Respuesta 1. ¿Cómo obtenemos ese consuelo? ¿Cómo podemos ser hechos partícipes de ese gozo eterno? ¿Cómo lo podremos obtener? En la segunda parte del Domingo 1, usted puede encontrar la respuesta a tales preguntas. Es en el camino de la miseria, de la liberación y de la gratitud que se recibe, se experimenta y se retiene el verdadero consuelo.

¿Se dan cuenta, congregación, de que el instructor no dice: “Ya han recibido este consuelo, pueden asumir que ya les pertenece, y ahora la única cosa que queda es vivir de ello y alimentarse de ello día tras día”? No, eso no es lo que dice el instructor. Sin embargo, en el Domingo 1, él comienza primero a hablar de consuelo, de liberación y de gracia. ¿Por qué lo hace?

En su explicación del Catecismo, el Rev. Van Reenen da un bonito ejemplo para dejar claro esto.² Él llama a la primera pregunta y respuesta de nuestro Catecismo un tipo de cebo para pescar. Cuando usted va a pescar, necesita cebo, pues no es una tarea sencilla atrapar peces sin algo que los atraiga primero. Por eso, el Domingo 1 comienza con el único consuelo. El instructor sabe con certeza que la vida de la gracia no comienza con la liberación y el consuelo, pero nos presenta una especie de cebo para pescar. Él muestra la dicha de los hijos de Dios para que usted sienta su propia pobreza y miseria, para que sea atraído a buscar las cosas que le faltan. El Señor es poderoso para dar estas cosas en Su gracia. Él dice: “*Abre bien tu boca, y yo la llenaré*” (Salmo 81:10). Él lo dice en Su Palabra y lo sella en el bautismo. Sin embargo, es un asunto personal. El verdadero consuelo es algo para lo que se debe hacer espacio y algo que debe ser apropiado por una fe dada por Dios.

Por lo tanto, la segunda pregunta en Domingo 1 señala *la manera* en que esto ocurre. Es por el camino de la miseria, la liberación y la gratitud. ¡Ese es el orden! ¿No podría, quizás, ser

² El Rev. G. Van Reenen fue un pastor en las Congregaciones Reformadas de los Países Bajos. Nació en 1864 y falleció en 1935, y era ampliamente apreciado dentro de su denominación. Debido a una enfermedad de nervios que le impidió predicar, comenzó a escribir para las congregaciones, dejando como legado una serie de sermones basados en el Catecismo de Heidelberg.

cambiado? ¿No es posible que alguien primeramente venga al conocimiento de Cristo como su Salvador y luego se dé cuenta de que es un pecador? ¿Se puede, de alguna manera, invertir este orden? No, eso es imposible. Eso no es lo que enseñan las Escrituras ni es lo que experimenta el pueblo de Dios. Algunos predicadores enseñan que es solamente cerca de la cruz de Cristo que llegaremos a conocer nuestros pecados. Esa es una enseñanza falsa. Es un error grave. Esos predicadores saltan sobre la parte de la miseria como saltamontes. Es cierto que los hijos de Dios, al ser llevado a la cruz del Calvario, llegan a conocer más y a más profundidad sus pecados que antes. Oh, cuando pueden mirar a las heridas de Cristo por la fe, entonces el pecado se convierte en algo amargo, mucho más que antes. Sin embargo, hay algo que lo precede: el conocimiento de nuestro estado perdido, el conocimiento de nuestra miseria. ¡No salten sobre eso! Primero hay miseria, luego hay liberación.

Por otro lado, es también cierto que cuando el Señor da lo primero, a Su tiempo Él dará también lo segundo. No hay consuelo si solamente tenemos el conocimiento de nuestra miseria. En la verdadera conversión, el Señor obra hacia Cristo, la única Roca, el único Refugio, el único Mediador. El pecador debe buscarlo para la salvación, y el pecador lo buscará si el Señor ha comenzado a obrar en él. Al principio, puede que no sienta su necesidad del Mediador, pero cuando el Señor sigue obrando y el Espíritu Santo le da aún más conocimiento de sí mismo, el pecador se vuelve tan pobre y necesitado, tan vacío y culpable, que no puede quedarse sin un Mediador. No puede seguir sin aquel precioso Fiador. Se hace espacio para Cristo de una manera que descubre y desvela al pecador. Esa es la obra de Dios. Aun así, el Señor no enseña todo a Sus hijos en un solo día. Esta es Su manera ordinaria de guiarlos paso a paso: guiarlos en los secretos de la corrupción de sus corazones, en los misterios de la salvación y en una vida de gratitud. Es siempre en esta orden, una y otra vez. Y así llegamos a nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. El contenido espiritual de estos puntos.

Congregación, el primer punto mencionado aquí es “cuán grandes son mis pecados y miserias”. Noten el orden, la secuencia de las palabras: “pecados y miserias”. Nuestro Catecismo no comienza hablando de las miserias antes de los pecados. Nosotros siempre lo invertimos, ¿verdad? Sí, deseamos ser librados de nuestras miserias temporales; deseamos ser librados de las enfermedades y de la pobreza porque realmente no *queremos* ser pobres, enfermos y miserables. A veces, nos arrodillamos y ofrecemos una oración corta, esperando que Dios nos libre de las dificultades y miserias diarias. Pero lo invertimos, congregación. Somos ciegos a la *causa* de nuestra miseria: nuestra profunda caída en Adán, nuestra horrible rebelión, nuestro pecado abominable ante los ojos de Dios. Pasamos por alto esto. Olvidamos que este es el problema más grande. No queremos escuchar sobre nuestro estado inconverso, sobre la culpa en nuestra vida, sobre el juicio de un Dios santo. Sí, nos gusta recibir *liberación*, pero no queremos inclinarnos ante el *Libertador*, ese despreciado Jesús de Nazaret, ese Salvador crucificado. No lo deseamos. No lo vemos. No *queremos* verlo. Somos ciegos a nuestra necesidad

más profunda. Sin embargo, esta es la primera cosa que debemos saber: debo conocer mis pecados; debo aprender cuán grandes son mis pecados y miserias.

El Catecismo habla de *“mis pecados”*; no de los pecados de mi prójimo o de otra persona. Podemos saber mucho sobre los pecados de otros e incluso hablar mucho acerca de ellos, a menudo a sus espaldas; pero cuando se trata de nuestros pecados, nos callamos. Somos como el joven rico que dijo: *“¿Qué más me falta?”* (Mateo 19:20). Nos parecemos al fariseo en el templo, que no dudaba que agradaba a Dios. Ese hombre no tenía nada que pedir ni nada de confesar. Estaba satisfecho consigo mismo: *“Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres”* (Lucas 18:11). Lo que le faltó al fariseo era la luz que revela nuestra condición.

Congregación, niños y niñas, oren por esa luz. Si el Señor la concede, estarán muy agradecidos por ello al final. *Nosotros* queremos estar *cubiertos*, pero Dios *descubre* para hacer espacio para el único consuelo en la vida y la muerte. Oren para que el Señor envíe Su luz y Su verdad, porque *“los que están sanos no tienen necesidad de médico”* (Mateo 9:12). Son los pecadores trabajados y cargados a quienes Jesús llama a sí mismo (Mateo 11:28).

Así, lo primero que debemos aprender es cuán grandes son nuestros pecados y miserias. Debemos conocerlos, no con un conocimiento superficial, no solamente como una contemplación intelectual, sino por el poder de la Palabra y el Espíritu de Dios. Ciertamente, solo Dios sabe *cuán* profunda es nuestra caída; Él conoce su profundidad. Sin embargo, debemos conocer *algo* de ella. Quizás usted pregunte: *“¿Cuánto debería saber sobre esto? ¿Cuán profundo debería ser ese conocimiento? ¿Hasta qué punto debo conocer mis pecados y miserias?”* ¿Puedo ponerlo muy sencillamente, congregación? Intenten recordarlo. Deberíamos saberlo hasta tal punto que perdamos toda la esperanza de ser salvos por nosotros mismos; hasta tal punto que caigamos ante Sus pies con corazón contrito y espíritu quebrantado, justificando incondicionalmente a Dios y condenándonos a nosotros mismos. Debemos conocerlo tanto que ya no podemos estar sin un Salvador, que ya no podemos vivir sin Cristo, y que resulte en nuestra vida: *“¡Dame a Jesús, si no, muero!”* En resumen, deberíamos conocerlo hasta tal punto que lleguemos a ser mendigos ante el trono de la gracia. De otro modo, ¿qué necesidad tendríamos de Jesús?

De esta manera, el Señor hace espacio para el segundo asunto mencionado aquí: *“de qué manera puedo ser librado de ellos”*. Congregación, el Señor no abandona a Sus hijos. Su pueblo angustiado no se hundirá en la desesperación. A veces ellos temen que esto ocurra. Sin embargo, no ocurrirá. Aquellos que han sido humillados hasta el polvo serán levantados por la misericordia tierna de Dios. Esto sucederá a *Su* debido tiempo. El Catecismo lo expone de manera tan clara y tan concisa. Después de retratar la plaga terrible del corazón del hombre, este precioso librito también presenta el bálsamo sanador a través de Jesucristo. Ofrece medicina espiritual al corazón de un pecador herido.

Pero ahí también necesitamos luz de lo alto. No piensen que, una vez que se ha reconocido como pecador delante de Dios, el evangelio se abrirá por sí mismo y verán la salvación en Jesús de forma automática. No, también necesitamos luz para ver al Gran Médico y el bálsamo sanador de Su sangre. Es una gran bendición cuando esto llega a ocurrir, cuando el Señor da luz sobre este segundo punto mencionado aquí. Cuando el Señor *quebranta* un corazón de piedra, es gracia; pero cuando *sana* ese corazón quebrantado, también es gracia. Es un beneficio especial cuando se abre el evangelio, cuando un Salvador todo-suficiente aparece, y cuando el Señor da la fe para mirar hacia Él.

Alexander Comrie, uno de los teólogos del pasado, nos cuenta acerca de un profesor de teología que era muy sólido en su confesión. Dicho hombre había escrito un libro extenso acerca de la expiación cumplida por Cristo y del poder salvador de Su sangre. Era un excelente libro. Sin embargo, cuando el Señor abrió sus ojos y le hizo ver su propia necesidad, el profesor ya no conocía el camino por el cual podía ser salvo. Incapaz de ayudarse a sí mismo con su conocimiento teórico de la obra mediadora de Jesús, tuvo que clamar: “Señor, si aún hay un camino por el cual puedo ser salvo, ¿me lo podrías revelar, por favor?” Él no vio ningún camino en sí mismo. ¿Y saben lo que ocurrió? En su profunda miseria, en su oscuridad y completa imposibilidad, fue instruido por su propio libro. El Señor le mostró, a través de sus propios escritos, que había un camino a la salvación a través de Cristo. Por supuesto, la Biblia se convirtió en el libro más precioso para él; sin embargo, su propio libro fue usado para su alma. Ese libro finalmente había adquirido un significado para él. Nunca lo había leído así. Y así, el teólogo se convirtió en un niño. Un hombre religioso se convirtió en un pobre y vil pecador ante un Dios santo. Y ese pecador digno de ser condenado encontró la liberación en Jesucristo. ¡Qué maravilla!

Nuestro Catecismo habla en tonos altos de la gloriosa liberación en Aquel que vino para expiar los pecados de Su pueblo. Oh, su culpa era tan grande que llegó hasta el cielo, pero el Señor puede quitar esa culpa. En Cristo, todos los atributos de Dios se reconcilian. Su santidad y Su bondad se abrazan, Su amor y Su justicia se besan, y Su verdad y Su paz están en perfecta armonía. Ese es el mensaje que nuestro Catecismo viene a proclamar.

Que el Señor nos instruya en ese primer asunto: el pecado y la miseria. Que también nos guíe en ese segundo asunto: la liberación a través de Cristo. Su Nombre es Jesús. No hay ningún otro que nos pueda salvar. Él es el Único que trae consuelo en la vida y en la muerte.

¿Tiene usted el privilegio de conocerlo así? ¿Se ha convertido Él en su única esperanza? ¿Su corazón ha sido atraído hacia Él? Él es el único camino a Dios. Él dice: “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*” (Juan 14:6). Él es el Mesías de quien Isaías habló: “*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado está sobre su hombro. Y se llamará su nombre Admirable,*

Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6). Él es el Poderoso sobre quien se ha puesto el socorro para aquellos encadenados con el pecado y la incredulidad. Oh, pídanle al Señor que les dé conocimiento de ustedes mismos y conocimiento de Él. Eso es tan necesario para los jóvenes como para los mayores.

Niños, quizás hayan escuchado la historia de la criada que vivía en las tierras altas de Escocia, hace mucho tiempo. Era la criada de una cierta posada. Esa pobre niña tenía que trabajar todo el día. Un día, un pastor vino en sus viajes y se quedó a pasar la noche allí. Cuando despertó a la mañana siguiente, vio a la niña y le preguntó: “¿Sabes quién te creó?” “No lo sé”, le respondió ella, “nunca he escuchado acerca de eso.” El pastor hizo una pausa por un momento antes de hacerle la siguiente pregunta: “¿Has escuchado de la Biblia?” Ella sacudió la cabeza en señal de negación, desconcertada: “Señor, no sé lo que es la Biblia”. Entonces el pastor le preguntó una cosa más: “¿Sabes que tienes un alma?” Lo único que recibió fue una mirada de vergüenza. La niña era completamente ignorante. Su bienestar espiritual había sido totalmente descuidado por sus maestros. El pastor se sintió profundamente conmovido, pero tenía que partir pronto a Edimburgo. Le dijo: “¿Me prometes algo? De ahora en adelante, cuando vayas a dormir, junta tus manos y di: ‘Oh Dios, enséñame a conocerte’. ¿Lo harás? Cuando vuelva, traeré algo para ti. Te daré una hermosa manta si me prometes decir esta pequeña oración cada día”. La niña asintió. No entendía lo que significaba orar; sin embargo, prometió decir estas palabras cada día.

Después de un tiempo, el pastor volvió a la posada y preguntó al dueño acerca de su criada. “No sé qué ha pasado con esa niña”, respondió, “desde que usted estuvo aquí, no ha hecho más que llorar y lamentarse. Casi no ha comido nada y ahora no me sirve para nada”. El pastor pidió permiso para verla. La encontró debajo de la escalera en un lecho de paja. Estaba feliz de verlo, pero luego comenzó a llorar y se desahogó con él: “Usted me dijo que orara: ‘Enséñame a conocerte’, pero ahora me siento muy triste. Solo puedo pensar que estoy perdida, ¡perdida por siempre! ¿Cómo puedo ser salva?” El pastor, que recibió una pequeña esperanza de que Dios había comenzado una buena obra en su vida, no reveló sus verdaderos sentimientos. Solo le dijo: “Quisiera enseñarte otra oración. En adelante, ora: ‘Señor, enséñame de Ti’. ¿Lo harás? ¿Me lo prometes?” Ella asintió. Solo tenía un deseo: ser librada de su pecado y encontrar un Salvador para su alma.

Después de muchos años, el mismo pastor estaba predicando en una iglesia de esa localidad. Al terminar el culto, una señorita se acercó para hablarle. “¿Recuerda quién soy?” preguntó ella. Él la miró y sacudió la cabeza. “No, no te puedo recordar. ¿Te he visto antes?” Su respuesta fue muy inesperada: “Soy esa niña que conoció en la posada. Usted me enseñó dos oraciones, y ambas fueron contestadas. La segunda oración fue: ‘Señor, enséñame de ti’. Ahora puedo decirle que Dios también contestó esa segunda oración. Me siento tan privilegiada de poder decirle que mi alma ha sido salvada por la preciosa sangre de Cristo. ¡A Él sea toda la gloria!”

Niños, ¿orarán ustedes también esa sencilla oración? ¿También prometen hacerlo? Hay dos cosas que deberían pedir: “Señor, enséñame de mí mismo”, y, “Señor, enséñame de *Ti*”. Jóvenes y mayores, que esta sea su súplica: “Señor, enséñame ese primer punto mencionado en nuestro Catecismo, para que sepa cuán grandes son mis pecados y miserias, y por favor, también enséñame ese segundo punto: cómo puedo ser librado de toda mi culpa y mis pecados”. Congregación, que el Señor ponga esto en sus corazones para que lo podamos pedir también con las palabras de lo que vamos a cantar en el Salterio 60, la primera y la tercera estrofa.

* * * * *

Aplicación.

Cuando los niños comienzan a ir al colegio, no empiezan en segundo o tercer grado. Comienzan en el primer grado. Cuando el Señor nos da un lugar en la escuela de la gracia, también nos pone en el primer grado, congregación. De ahí se avanza al segundo grado. ¿Lo entienden? Nuestro Catecismo ha hablado de la lección del primer grado: “cuán grandes son mis pecados y miserias”. También ha explicado la lección del segundo grado: “de qué manera puedo ser librado de ellos”. Sin embargo, hay otro punto más: “la gratitud que debo a Dios por su redención”. Eso es el tercer punto.

Es una vergüenza cuando no demostramos gratitud a las personas por los regalos recibidos en nuestra vida diaria. Desde temprano enseñamos a nuestros pequeños a decir “Muchas gracias” a quienes les dan un regalo. Es triste cuando los niños, o incluso los adultos, no demuestran gratitud por algo recibido. Pero es aún más triste cuando no somos agradecidos con el Señor por lo que nos da en el ámbito de la providencia y, aún más, en el ámbito de la gracia. ¿Expresa usted gratitud a Él por lo que le da? ¿Alguna vez ha estado agradecido por Su Regalo más grande? ¡Entonces primeramente debe convertirse en un pecador con la mano vacía! ¡Debe recibir la salvación en y por medio de Cristo! Entonces podrá saber con fundamento sólido que ha sido hecho partícipe del único consuelo en la vida y en la muerte y que pertenece a Él. A veces, se anima a las personas a demostrar gratitud por el amor de Dios y el don de la salvación mientras que nunca han sido humilladas hasta el polvo y nunca han comprendido su necesidad de un Salvador. Sin embargo, se les dice que deben mostrarse agradecidas. Ustedes entenderán que esto es imposible. Una acción de gracias de esa naturaleza es un hedor en las narices de Dios. Es engañarnos a nosotros mismos y a los demás. Primero debe haber un fundamento para la vida de gratitud, para la vida de aquella nueva obediencia.

Por otro lado, si sabemos que hemos sido liberados de nuestros pecados y miserias, entonces la gratitud no debería faltar en nuestras vidas. Y *no* faltará si todo está bien. Algo de esa gratitud ya se encuentra en el corazón quebrantado por el amor de Dios y en el que tiene sed por el Dios vivo. Tales personas no encuentran consuelo en sus sentimientos y emociones. Sin embargo, hay

para ellos dulzura en esa sed por Su gracia y asentimiento de Su justicia. Hay dulzura en maravillarse de que aún no hemos sido llevados de esta vida y que aún no yacemos en lo profundo del infierno. A veces uno abre las persianas de su cuarto en la mañana y dice: “Oh Dios, ¿cómo es posible que la tierra aún me mantenga, que los cielos aún me cubran, y que el sol aún se levante sobre mi cabeza culpable?” Hay un elemento de gratitud en esto, aunque tales personas se encuentren bajo la profunda convicción de su pecado y miseria. No pueden decir que son salvos. Se sienten como forasteros, sin ayuda y sin reconciliación con Dios. Sin embargo, hay momentos en los que se humillan hasta el polvo delante del Señor. Lo único que pueden decir es que Dios es bueno aún con una criatura indigna.

¡Cuánto más se siente esto cuando al Señor le agrada hacer resplandecer Su luz sobre la obra de un Salvador todo-suficiente! ¡Cuando, en Su tiempo, una dulce confianza es dada al corazón de que en Él hay salvación! Cuando, en los más avanzados ejercicios de la fe, el alma puede creer: “No solo para otros, sino también para mí mismo”. Entonces no sucede otra cosa sino que ellos se humillen ante la bondad de Dios: un Dios que mira a aquellos que no preguntaron por Él y que es hallado por aquellos que no Lo buscaron. Entonces se vuelven tan pequeños que exclaman: “*¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?*” (Salmo 116:12). Oh, ¡no saben cómo realmente dar gracias a Dios!

Congregación, ¿conocemos algo de esto en nuestra propia vida? ¡Qué maravilla es aprender las lecciones del tercer grado! Sin embargo, aquellos que lo aprenden vuelven al primer grado. En sí mismos, se vuelven más y más pobres que nunca. También en la tercera parte, en la parte de la gratitud, deben aprender que no pueden hacer nada sin Él y que dependen completamente del Señor para expresar una verdadera gratitud y para practicar una obediencia como de un niño. Oh pueblo de Dios, ¿cómo mostrarán su gratitud por tan *grande* redención? Le costó a su amado Salvador Su vida. Le costó Su sangre. Él los ha amado hasta la muerte. Cuando estaba colgado en la cruz, Él derramó Su alma hasta el abismo profundo del infierno. Su liberación es solamente obra de Él. No hay nada en el hombre que sea considerado aquí. Es Cristo quien llevó *la maldición* de la ley y quien la eliminó con Su sangre. Es también Cristo quien satisfizo *las demandas* de la ley. Él es dado por Dios para sabiduría, para justificación, para santificación, sí, para una redención completa. Por eso la iglesia canta con David en el Salmo 119: “*¡Cuánto amo yo tu ley! ¡Todo el día es ella mi meditación!*” (versículo 97).

En el Antiguo Testamento podemos leer acerca de esclavos que eran liberados después de servir a su amo. Sin embargo, algunos de estos esclavos no quisieron ser liberados porque tenían un maestro muy bueno al que amaban mucho. ¿Saben lo que sucedía con ellos? Eran llevados a la puerta de su casa y su oreja era perforada en el poste de la puerta. Al permitir esto, prometían fidelidad perpetua a su maestro. Ya no lo querían dejar jamás. Los hijos de Dios también tienen un Buen Maestro. Tienen al *mejor* Amo. Oh, cuando han sido liberados de todos sus pecados y miserias, al menos en principio, nunca más lo quieren dejar. El Señor tiene un pueblo dispuesto

a entregarse voluntariamente en el día de Su poder. Él provee para todas sus necesidades. Todo es de Él, por Él y para Él.

¿Cómo demostrarán gratitud los hijos de Dios por tal liberación? Congregación, la fe sin obras está muerta, pero la verdadera fe es como un árbol. Tiene raíces, tiene un tronco, y también tiene frutos, frutos dignos de arrepentimiento. Si nunca observan frutos en la vida de alguien que confiesa conocer la gracia, hay solo dos posibilidades: O no es un árbol, o no hay vida en él. Ciertamente, los hijos de Dios tienen muchas razones para quejarse de sí mismos. Muy a menudo están angustiados y afligidos por un profundo sentimiento de su sequedad. A veces dicen: “Señor, ¿por qué aún estoy en este mundo? Soy un árbol demasiado infructuoso. ¿Por qué sigues soportándome?” Pero es precisamente por esta razón que no pueden estar sin Cristo. También en esa tercera parte, la parte de la santificación, lo necesitan más. No solo para la liberación, sino también para la gratitud. Oh, ¡qué maravilla es entonces que el Señor Jesús les diga: “*De mí procederá tu fruto*” (Oseas 14:8)!

Congregación, hemos escuchado un poco acerca de la miseria, la liberación y la gratitud. ¿Pudieron seguirlo? Espero que estas palabras no sean extrañas para ustedes. Si es el caso, rueguen al Señor que los admita en Su escuela y les enseñe el ABC de la fe. *Nosotros* deseamos avanzar más y más. Deseamos convertirnos en algo, pero en la escuela de Cristo aprendemos que no somos nada. No subimos de grado a grado, cada vez más alto; en cambio, fallamos y descendemos, cada vez más profundo. Sin embargo, es una escuela maravillosa. Nadie ha sido expulsado jamás de ella. El Maestro es fiel para un pueblo infiel. Nunca los abandonará ni los dejará.

Por eso, congregación, estos tres puntos no son asuntos que se dominan después de un tiempo. Aquí en la tierra, el pueblo de Dios nunca podrá decir: “Ahora he superado este grado. Ahora sé suficiente sobre ese primer punto, de mi pecado y miseria”. Nunca dirán: “Ya he visto tanto de Cristo que no queda nada más por aprender”. Vistas cada vez más ricas de Su idoneidad, hermosura y suficiencia se revelan en esa escuela de la gracia. Nunca podrán decir: “Ahora he aprendido a ser agradecido y obediente”. ¡De ningún modo! En este lado de la tumba, los hijos de Dios permanecen como alumnos. ¡Y es tan bendito *ser* un alumno, ser un hijo en esa escuela!

La miseria, la liberación y la gratitud: esa es la lección triple. A veces se le llama la ABC del cristiano. Los hijos de Dios permanecen como alumnos aquí, pero están en buenas manos. Cuando la gracia está obrando activamente en sus corazones, su sincero deseo es: “¡Qué aparezca Él, y que *yo* me desparezco!” De esta manera, maduran para el día en que el Esposo los lleve a casa. Librados de sí mismos, librados del enemigo triple y librados de esa gran tribulación, serán llevados ante el Rey para caer ante Sus pies. Entonces se rendirán en santa adoración y clamarán en profunda humildad: “¿Cómo podré expresar mi gratitud por tan grande liberación que se me ha otorgado?” Amén.

Salterio 389:6